

Héctor Fernández Soriano

12 de noviembre de 2017

# El Ratón en el Laberinto

## El mundo humano y la voluntad

### 1. VIVIMOS RODEADOS DE AUTOMATISMOS... ¿O NO?

Recientemente pensaba en una anécdota en la cual, un anciano algo escéptico no concebía la automatización de un cajero de banco. Ajeno a las explicaciones de sus familiares e, imagino yo al representar mentalmente la escena, con la mirada suspicaz del que presiente el engaño, observa a su hijo sacar dinero del boquete cromado que hay en la pared y que solo vagamente entiende. Cuando el cajero dispensa el importe y se retiran, el hombre no puede evitar volverse y saludar al cajero: “buenas noches”, pensando aún que detrás de esa parafernalia robótica hay, en efecto, alguien acercando el dinero a la rendija y atendiendo al usuario que, sin duda, es el engañado.

Esta supuestamente falsa automatización de un mundo humano que, en el fondo, siempre fue igual, la vimos hasta la saciedad en los mil ejemplos de aparatos y tecnología puntera del neolítico en *The Flintstones*<sup>1</sup>. En la serie, los artilugios que presentan son una analogía de la “moderna” tecnología de producción y consumo del siglo XX. Como los descubrimientos científicos que fundaron la ingeniería necesaria para desarrollar toda esa tecnología aún no habían llegado, detrás de los cajeros había una persona. Así, tras el troncomovil no había motor de combustión interna sino pura tracción de los pasajeros que sacaban los pies por debajo, tras la sirena que avisaba a los trabajadores de la fábrica había un pájaro que, al ser jalado por la cola, aullaba, la grúa era en realidad un brontosaurio o cualquier otra especie de saurópodo<sup>2</sup> con un arnés y unas poleas, etc.

---

<sup>1</sup> En español, Los Picapiedra, serie de Hanna-Barbera Productions que se emitió por primera vez en la cadena estadounidense ABC el 30 de septiembre de 1960.

<sup>2</sup> La manía de mezclar fauna de dos periodos distantes millones de años e inexistente en ambos, es característica de las series y filmes que reflejan el pasado. También se ve falta de documentación cuando se mezclan en el presente faunas (y floras) exclusivas de continentes o regiones, o de ecosistemas distintos (por ejemplo en *Tarzán* es común en los filmes encontrar mezclada fauna de bosque tropical o jungla y fauna de sabana). Este descuido no contribuye a la educación del público, precisamente, y puede inducir a confusiones que determinen formas de pensar infundadas.

Esta apariencia de automatización en la tecnología suele ir acompañada de un motivo de representación<sup>3</sup>. Se trata pues de dar una idea falsa de progreso, o como en el caso de *Men in Black*<sup>4</sup>, ocultar que tras la rapidísima máquina de distribución y clasificación del correo, hay un empleo para un necesariamente oculto inmigrante extraterrestre, con múltiples brazos multitarea que clasifica a velocidad de vértigo al compás de *Speed Demon* del grupo de heavy metal *Keel*<sup>5</sup>.

Llegados a este punto, cabe pues preguntarse: ¿Es el cajero automático realmente automático? Se trata pues de mantener en mente esta cuestión y después volveremos a ella y trataremos de contestarla.

*El Ratón en el Laberinto* es el título de este artículo y también del blog en el que hago propuestas unas veces más acertadas que otras. Pero se parte de la idea enormemente atrayente del ya trillado, pero no menos sugerente por ello, tópico del laberinto y el ratón. La asombrosa para algunos propuesta de que nuestro mundo humano se asemeja, en el fondo, al laberinto en el cual el ratón es obligado indirectamente a vagar y hacer aquello que se espera de él que haga, para al final obtener el premio, apretar el dispositivo que le dispensa el alimento, el ansiado trocito de queso.

## 2. EL LIBRE ALBEDRÍO, LOS PREMIOS Y EL MÉRITO

¿Qué puede decirse sobre la libertad que no se haya, no solo ya dicho, sino repetido mil veces?

Para empezar respondamos a una pregunta que quedó colgada en el apartado anterior: ¿es el cajero automático realmente automático?. Diríamos que sí lo es, pero hasta cierto punto. Este límite lo marca el momento o la situación en que alguien detrás influye en la decisión del cajero. Es decir, es automático hasta el mismo límite físico del operario que lo programa o que, simplemente, lo desconecta<sup>6</sup>.

La libertad termina donde algo coarta la decisión del ente presuntamente libre. Puedo elegir entre A o B, siempre y cuando sobre dicha elección prime exclusivamente mi criterio, sin ninguna influencia externa, ni (y esto es algo fundamental en el pensamiento moderno) interna pero no consciente. Pero ¿es esto posible?

---

<sup>3</sup> No en el caso del absurdo *per se* de *The Flintstones*.

<sup>4</sup> *Men in Black 2*, Amblin Entertainment, 2002

<sup>5</sup> Banda norteamericana de Los Ángeles, fundada en el mítico 1984.

<sup>6</sup> Como bien me apuntan por aquí, algo trivial, pero importante en este caso, es que la confusión puede llegar hasta creer que el cajero te da dinero, pues, como decía un perspicaz personaje "primero hay que echarle".

La filosofía, la ciencia, la religión y el pensamiento individual han debatido sobre esta cuestión tanto como sobre el sentido de la existencia, el determinismo y el azar o la existencia de lo sobrenatural. En la religión, la iglesia católica defendió un conveniente libre albedrío humano, fuera de la omnipresente voluntad divina, ya que sin esta libertad fundamental no tiene sentido el castigo de la eternidad, así como tampoco lo tiene el adoctrinamiento, ni el seguimiento de las enseñanzas y los preceptos de profetas o mesías, precisamente para evitar este tormento. Si el hombre no es libre de elegir el camino “recto” no puede ser culpable de su pecado, ya que es un acto de la voluntad divina. Poco pueden hacer monjes y sacerdotes para enderezar a los torcidos, devolver al redil a las ovejas descarriadas y atemorizar con el tormento a los reticentes.

La reforma protestante del siglo XVI, iniciada por Lutero, creó la idea de la redención adquirida por la fe y en el bautismo, como explica, entre otros muchos, magníficamente en su obra *El Hereje* el escritor vallisoletano Miguel Delibes. Así, el cristiano que recibe a Cristo, recibe la salvación, ya que ¿para qué si no Cristo se sacrificó? Si, como dicen los textos sagrados, Jesucristo era hijo del Dios de la Biblia, y vino expresamente a morir en la cruz para virtualmente cargar él con nuestros pecados y librarnos a nosotros de ellos, entonces acoger su doctrina y a él mismo desde el sacramento nos salva de manera automática (y he aquí otro automatismo cuestionado). Naturalmente los protestantes se sintieron dichosos ante la perspectiva de sentirse a salvo con solo ser mojados en el cráneo al nacer y ratificarse de adultos sin tener que pasar la vida rindiendo cuenta de sus deslices para no pasar una eternidad abrasándose en las calderas de Pedro Botero. Pero los católicos negaron esa interpretación del Nuevo Testamento, pues así ellos no terciaban en la salvación, como pudo apreciarse, por ejemplo, con la Contrarreforma. No hay libre albedrío aquí que valga, pues el hombre comienza a ser salvado al poco de nacer sin que él elija nada. Encima si es libre para elegir cometer el pecado más monstruoso, no hay castigo o condena, pues Jesucristo (y por ende, Dios) tuvo la ocurrencia de salvarnos a todos solo por esforzarnos nosotros en hacer una muy ligera demostración de fe. Naturalmente Luteranistas y Calvinistas (hubo matices) defendieron sus posturas y se enfrentaron al amable trato de la Sagrada Inquisición - que abría y achicharraba carnes mientras predicaba el perdón y la misericordia - eso sí, tranquilos porque iban al paraíso de cabeza tras el tormento.

La libertad del ser humano es, a la vez y para la misma gente, maravillosa e imprescindible y horrible e inconveniente cuando implica escapar al control de los que la adulan y se precian de protegerla para nosotros. Es algo un tanto risible y a la vez irritante tanta vuelta con algo que, a poco que se observe, resulta al menos cuestionable en su propia existencia. ¿Será posible que tanta gente haya muerto y sufrido por algo que ni siquiera existe como tal?

En verdad podría establecerse la similitud del ratón en el laberinto y el hombre en la sociedad con un paralelismo en lo volitivo y consciente tan convincente a simple vista, que nos llena de asombro y temor. Porque no hay que olvidar que el ratón es, sin duda, un prisionero. No elige estar en el laberinto, ni su configuración, ni el dispositivo que dispensa el premio, que obtiene solo si es capaz de hallar el camino y memorizarlo para futuras ocasiones.

¿Qué pasa con nosotros? Para empezar, nadie nos da a elegir al principio si existir o no. Cuando nacemos se nos somete a un protocolo que atañe a todas nuestras actividades vitales, (alimentación, limpieza, cuidados en general, etc) y que viene impuesto, debido a nuestro carácter aún demasiado inconsciente y a nuestra fragilidad. En otras especies las crías no requieren de tantos cuidados durante tanto tiempo, pero eso ahora no importa. Lo que importa es que, una vez pasado el periodo de “inconsciencia”, acabado el periodo de “dictadura parental” en la cual estamos sometidos a las reglas de nuestros padres, a cambio del sustento, el alojamiento y la educación, llegada la esperada emancipación, cuando se nos supone ya realmente preparados para tomar decisiones, ¿qué pasa? Digamos que hemos llegado al estado de madurez, en el cual ya se respeta nuestro criterio y libertad para tomar decisiones que afectan a nuestra vida. Porque antes claramente decidían por nosotros... vivíamos donde se nos decía, comíamos lo que había, se nos obligaba a ir a la escuela o el instituto, salíamos con amigos cuando se nos permitía etc... Pero ahora: ¿alguien nos da a elegir? es decir, para empezar ¿puedes realmente elegir tu forma de vida con completa libertad?

Supongamos que llegados al estado de emancipación total, en el cual puedes en teoría ya ejercer tus derechos y gozar de tus libertades como ser humano, el estado, como gestor del bienestar de la población, te da a elegir: para empezar, puede usted elegir si vivir en nuestro sistema (el cual ya conocemos bien) o en otro, en el cual, por ejemplo no existe el dinero, no tiene usted la posibilidad de acumular riquezas y bienes (y disfrutar de un yate, un coche magnífico, una mansión...) o en su defecto bienes no tan lujosos pero que le proporcionan una vida cómoda. Tampoco existen, además del consumo caprichoso o potenciado, como ya dijimos, los lujos o las competiciones. Pero eso si, tiene garantizados unos recursos mínimos para que usted y su familia puedan vivir “dignamente” y pueden beneficiarse de otros adelantos que nuestros científicos (que no los políticos) han puesto a punto para mejorar nuestras condiciones de vida (adelantos en sanidad, tecnología básica para el bienestar, etc). Elegir el nuestro (el de consumo) implica, empero, un riesgo de que termine usted viviendo bajo un puente, morir de inanición, enfermedad, bombardeos en guerras que usted no elige vivir etc.

Pues bien, para empezar no se nos concede tal elección. Alguno dirá que si no quieres vivir en este nuestro “mundo civilizado” te largues<sup>7</sup> a vivir, por ejemplo, con los indios del Amazonas. O sea que la elección la tienes. Sin embargo, si observamos con un mínimo de cuidado, vemos que la vida de los indios del Amazonas no es la propuesta anteriormente. De hecho, es una elección que dada a un hombre al que se ha obligado a vivir desde su nacimiento, por ejemplo en Soria, equivale a la opción: “arrójese a la vía del metro, o desde la azotea de un edificio, si no el gusta nuestra opción A”. Efectivamente, las poblaciones de humanos “no civilizadas” que aún habitan zonas no urbanizadas a nuestro estilo, rodeados de un entorno aún salvaje y poco transformado por el hombre, para empezar están sometidos a las leyes y

---

<sup>7</sup> Aquí utilizó el verbo largar en vez de ir porque los individuos que te sugieren esta opción suelen usarlo también: no quieren que te vayas, quieren que te “largues”.

arbitrio del hombre civilizado. De hecho, cuando los requisitos económicos y de explotación de una corporación lo exige, a esta buena gente se les expulsa de sus casas y hasta se les asesina sin escrúpulos si ofrecen una razonable resistencia. Su bienestar depende más de su suerte que de un estado protector. Nadie puede por tanto ofrecértelo (excepto los propios indígenas, si te invitan) como opción, pues para empezar no es de nadie, en el sentido de que no es una solución creada por ninguna administración para ofrecer al ciudadano.

Simplemente “está ahí”. Además, después de un crecimiento obligado en Soria, como dijimos, la capacidad de supervivencia en un entorno como la Amazonia es la misma que la de un cangrejo de ría en el desierto de Sonora. Es decir, no es una opción viable, o no es La Opción: aquella que expusimos adecuada para un ser que se crió en la “civilización”, pero no quiere consumismos, lujos, etc. Dicho de otro modo, la opción no capitalista.

O sea que ya la primera opción de elegir, no se nos ofrece, o lo que se nos brinda es algo, por desgracia, inaceptable. También está la elección: puede usted elegir: comer o no hacerlo. Pero si elijo no comer, muero, lo cual no respeta mi decisión anterior de vivir. ¿Es válida pues cualquier opción como para legitimar la verdadera libertad de elegir? No del todo, ¿verdad?

Pero eso no es todo. Si eligiera (que no lo hago porque, recordemos, no se me brinda la opción) vivir en nuestro sistema, nadie me da a elegir la opción, por ejemplo, de elegir mi nacionalidad y el lugar en el que quiero vivir. Todo esto está sujeto a normativas, leyes y reglas, que precisamente restringen mi derecho a vivir donde me venga en gana y ejercer la ciudadanía de pleno derecho en el país que elija. Si creen que no es así, pregunten, si tienen la ocasión, a alguno de los millones de inmigrantes ilegales que pululan por los distintos lugares del planeta, a los refugiados que huyen de desastres y no son aceptados por países que podrían hacerlo etc.

Poca elección nos queda... vivimos aquí, tenemos que estar sujetos a las leyes que nos imponen (a veces cambiantes dentro de un periodo corto: ahora está bien, ahora no...), si queremos ser “personas de provecho” debemos primero estudiar o prepararnos para luego trabajar para conseguir dinero. El dinero sirve para seguir trabajando y, a su vez, conseguir lo que necesitamos para vivir, más algún premio adicional (el iPhone, el Audi, la PS4...). Al final, tenemos que hacer lo que se espera que hagamos para al final terminar en el cajero automático, tirar de la “palanca dispensadora” (teclado o botonera) previo desbloqueo (que ya ha adquirido una forma plana y personalizada, llamada tarjeta) y obtener la recompensa en forma de vales en papel. No nos sale una pera o un trozo de parmigiano, pero con el vale podemos entrar en el establecimiento de al lado y hacer el cambio. De acuerdo, hemos establecido algún paso más hasta obtener el ansiado pedazo de queso.

Que el hombre llegue a dudar de su libertad para elegir le llena de zozobra. De hecho, el hombre occidental se jacta de su libertad para sentirse superior sobre otros, que no gozan de ella, y son marionetas o títeres de algún cacique local. Tan bien lo hemos hecho, somos tan capaces, que si me da la gana grito en la calle o me compro un mono sin dar cuentas a nadie. Así es la libertad del supremo habitante del occidente. Sin embargo, muy a menudo nos parece que los hilos están en todas partes. Los deconstructores de las teorías conspiradoras,

aseguran que hay más paranoia que “manos negras” o maestros de marionetas que tiran de nuestros hilos, haciéndonos sentir una ilusión de libertad que en realidad no existe... pero ¿quién nos haría sentir esa ilusión de libertad: el maestro de marionetas o el que nos dice que no existe tal maestro? ¿Quizá ambos? ¿Podrían ser los mismos?

Algunos filósofos y pensadores han sugerido una “esclavitud” endógena del hombre, presentado así como un prisionero de sí mismo, incapaz de escapar de un “yo” profundo, ciego y tirano, que nos hace creer a su vez que somos nosotros los que tomamos las decisiones que él nos dicta. Esto en mayor o menor grado es aceptado por aquellos que separan lo “instintivo”, como un componente innato y ancestral que implica un proceso automático, de lo “adquirido”, que sería más o menos aquello que los behavioristas consideran el componente fundamental del comportamiento (o sea un condicionamiento “operante” o comportamiento determinado por el aprendizaje de una respuesta “positiva” o “negativa”). Es decir, *grosso modo* hay un componente congénito y común con fieros ancestros que necesitaban respuestas rápidas y eficaces para sobrevivir en un entorno muy distinto al que tenemos ahora (al menos algunos), y un componente adquirido o aprendido que origina otras respuestas más elaboradas, condicionadas y adaptadas a un entorno complejo, según describe la psicología conductista<sup>8</sup>. El primero es, por decirlo de algún modo, “ingobernable”. Está fuera de nuestro control y nos mueve ajeno a nuestra mente, nuestros deseos o nuestras consideraciones, que serían más lentas e irían detrás, rezagadas.

Todo esto, por supuesto, es difícil de demostrar, aunque hay tanto en nuestro interior que puede sugerir tendencias controladas frente a accesos inconscientes, incontrolados, que nos sentimos inclinados a pensar que es cierto. Aceptar esto es aceptar un control ajeno a nuestro deseo, o, al menos, una falta de control, que actúa en detrimento de nuestra libertad de elegir. En algunas creaciones literarias, o en películas, es frecuente encontrar sugerencias tanto de que en nuestro devenir hay un control superior por parte de manipuladores que nos observan y deciden por nosotros, como de lo contrario. A veces, se establece este control exógeno e intrusivo hasta un cierto nivel. Es decir, hay alguien “tirando de los hilos” hasta un cierto status, a partir del cual no hay nada, todo se mueve por una “inercia” social, que, presuntamente, escaparía entonces a cualquier control. En su obra *1984*, George Orwell nos dibujaba un futuro en el cual el hombre había perdido toda capacidad de decisión, y estaba constantemente vigilado y controlado por un aparato estatal gigantesco y poderoso: el *Big Brother*. En la novela, la represión del estado es tan poderosa que llega a la propia mente, a través del control del léxico y de la Policía del Pensamiento. Naturalmente, quizá Orwell creó en su ficción una exageración. Por el momento no se ha conseguido controlar los pensamientos... ¿o sí? ¿Hasta que punto se podría? No parece fácil a través de simples restricciones en el lenguaje en el sentido que propone Orwell, aunque sin duda controlar la

---

<sup>8</sup> El conductismo en realidad es una postura positivista que defiende el estudio empírico y objetivo de la conducta, inspirada sin duda en la etología de Lorenz. No está tan en contra de lo “congénito” en el comportamiento, como de los planteamientos anímicos o de la “conciencia”, así como de los reduccionismos (referidos al mecanicismo de la neurología o la bioquímica, por ejemplo, para explicar procesos comportamentales).

comunicación produciría a la postre un cambio en la mentalidad de la gente. Sencillamente a base de suprimir la transmisión de conceptos o ideas, estas podrían desaparecer de la mente de las personas, junto con todo lo que desencadenan: nuevas consideraciones, conjeturas, dudas, conclusiones... El control de los medios, que ya aparece reflejado en la obra, es hoy en día ya una realidad. Puede generar en la gente una idea más o menos dirigida de la sociedad y del mundo que nos rodea.

¿Dónde termina el automatismo del cajero? ¿Dónde termina nuestra capacidad de ser autónomos, de decidir por nosotros mismos? Allí donde hay alguien o algo detrás que desconecta, manipula y nos dirige sin darnos opción a cambiar por voluntad propia. ¿Qué pasa si, como en el ratón del laberinto, hay alguien detrás de la trampilla que le da el queso y del mismo laberinto? ¿Qué pasa si somos conscientes de la prisión del ratón, pero no de la nuestra? ¿Y si se nos hace creer que nosotros somos libres para decidir, pero al final se nos suelta en un laberinto que es una sociedad controlada, y al igual que sucede con el pobre roedor, hacemos lo que se supone que tenemos que hacer y vamos por las calles que nos permiten llegar al dispositivo dispensador de recompensas, el a su vez no automático del todo cajero?

Una vez, viviendo yo en china, un profesor de una universidad en Pekín se mostró, durante una entrevista que mantuvimos, divertido sobre algunas cuestiones que se plantearon. Al ser preguntado sobre el control que el gobierno chino ejercía sobre los ciudadanos, la censura e incluso el espionaje de los considerados “elementos peligrosos” o “subversivos”, el profesor contestó divertido que ellos sabían que eran controlados y manipulados por el gobierno. Sin embargo, dijo, los occidentales creéis que no lo estáis, cuando os sucede exactamente lo mismo.

Bueno, quizá después de todo, haya algunos ratones más conscientes que otros...